

LECTURAS

BESA Y CALLA

Cosas sorprendentes y veraces son la lectura de los rusos, que despiertan tan acentuadamente nuestro entendimiento y sensibilidad. Por eso Andreiff, como todo lo ruso es tan hondo y tan fuerte, interesándonos hasta lo íntimo del corazón y del alma humana, que es de por sí angustiada. Es que hay lecturas tan intensas, tan vivas vis con nuestros desgarramientos de la carne en la que apenas aletea clara alegría, que no faltará el instante en que al correr del tiempo le revivamos y percibamos la verdadera comprensión de aquellos libros de angustias, sombríos y humanos. Nunca al leerlos podremos afirmar: yo jamás viviré dicha página ni he de cavilar bajo la intensidad de aquel desastre, ni seré acechado por silencioso derrumbarse de las circunstancias exteriores. Fuerzas más poderosas que el deseo impreciso, nos vencen y las páginas ahondadas de dolor de los rusos, retornan tan precisas a los días actuales que todo se intensifica en grandes caracteres hasta ir delectando como una obsesión el dolor pregonado en libros tan trágicos. Así la extrañeza brutal del carcelero de Andreiff al escuchar la risa bajo la pesadez de la mole de la prisión, se nos hace tan evidente como el suceder áspero de los días del encierro. Y al igual de la terrorista incipiente de "Los siete ahorcados" nosotros vislumbramos que aún no somos merecedores por nuestra heroicidad ni idealismos, de las rejas que nos angustian ni el atenuar lento y porfiado de los muros fríos. Existe más inesperado dolor en la calle que el nuestro: los humildes y los mancillados de la barriada lóbrega, han intensificado el sufrimiento con más acritud que el nuestro. Y en estas circunstancias, tan acechados y vilipendiados que somos, es cuando todas aquellas figuras ejecutan un retorno a nuestras almas. Son las mismas. El mismo el carcelero, el mismo el compañero lamentable de la celda vecina, e idéntico el expresar de las angustias pro-

pias. ¿Por qué habrá vuelto tan poderosamente hacia nosotros la aspereza y la calidez de los libros rusos? Porque sufrimos. El sufrimiento nos hermana al que se angustia y nos identifica a las páginas de tragedia de los Andreiff, los Gogol o los Gorki. Utopiando encontramos entonces la frase precisa que todo lo expresa: "Besa y calla". En el relato de Andreiff también ante el dolor, dice sus almas, besa y calla. Calla tu lacerante angustia y posa la cálida efusión de tus labios sobre la carne herida del hermano. Sello al dolor será la mudez digna, impasible, fría, la mudez que nos ilumina interiormente. Nada significa expresar la propia tragedia sonoramente. Sólo hay dos resquicios para el prisionero: la evasión o el canto. Por eso al atardecer expresarán actitudes tan extrañas los presos. Es que búscase imaginativamente, aún cuando de su certeza se desespere para siempre, el resquicio de la luz tardía que nos consuele teatralizando las posibilidades de una evasión. Aún al perderse el palmoteo de los guardianes por los corredores, la visión persiste, obsesivamente. La evasión constituye un motivo de relación, de esparcimiento, de comunicación, así como el canto. A la tarde también, de los pabellones en silencio, se espacian las notas de una canción. Son canciones sencillas, llevadas en una cadencia dolida, ritmando angustias. Cuando todas las desesperanzas anidan en los corazones, la canción satura los de un hábito de bienestar. Por eso el canto en la cárcel adquiere similitudes a una evasión. Mas siempre los carceleros están alerta. Aún cuando la tonalidad del canto sea un murmullo, una oración, la presa acecha. En la cárcel no puede expresarse la honda tragedia; sólo es posible hacerlo furtivamente, como en una evasión. Entonces es cuando retornan hacia nosotros viejas lecturas, y sellando los labios nos decimos de alma a alma: besa y calla. Andrea Jover.

La nota patria

No somos, pero creemos ser argentinos. Al fin de cuentas, en estas tierras helimos aspiramos y sentimos lo que a la vida del ser formaliza y encamina. Para nosotros, cosas de la Argentina fueron siempre cosas de oro, desde chiquitos. La leyenda de sus tesoros entusiasmó nuestra infancia con idéntica inquietud que la de los cuentos de hadas. En aquel entonces el venirse a este país era considerado, en la tierra que nacimos, como signo de valentía, audacia conquistadora y amor al hogar paterno. La vuelta de los "indianos" se celebraba con notas que, semejantes, sólo suelen encontrarse en las historias árabes. El pueblito ardía todo en una fiesta de corazones. Y ellos, los festejados, retribuían su agasajo con relatos de aventuras, cuyo exótico lenguaje, para las almas ingenuas como la nuestra, de niños, tenía voces de llamada, canciones estimulantes del anhelo aventurero. Todo aquello nos animaba, nos impulsaba a emigrar. Tanto, es así que, apenas se alzó nuestra vida sobre el tallo de quince años, rumbeamos para estos lados. Dejamos el suelo ibérico tras la risueña esperanza de regresar pronto ricos. Y nos dimos a la mar, como a un regazo materno cariñoso y protector. Llegados aquí, la Argentina entró en nosotros, como sorbo de agua helada. Todo lo que en ella vimos, a través de su capital, desvaneció nuestros sueños. Nos sentimos defraudados. Aún recordamos el chiste que nos hizo un vigilante: Llegaron tarde, mis amigos; el árbol que daba el oro, se ha secado por acá. Y era verdad: se había "secado" no más. No era el país concebido por nuestra imaginación. En él había ricos y pobres, explotación y miseria, como en el nuestro. Mirados ambos por el lado que nosotros lo mirábamos, no se diferenciaban absolutamente en nada. Por otra parte, para que el que no trae más arma que su nobleza ni otra cabalgadura que su corazón humano, todo es "seco" en este mundo, hasta el agua. Lo sólo que triunfa aquí, y como aquí en todas partes, es la conciencia negra de los piratas y la aviesa audacia del bandidaje. De esto nos convencimos pronto. La capital nos fué hurana. No tuvo

para nosotros nada bueno de que contar. Caminando por sus calles, parecía que de todas partes nos gritaban: váyanse, no los queremos. Y nos fuimos a provincias. En el campo, la cosa cambió de aspecto; poquito a poco, nuestra vida se dio a su ambiente y metidos entre el criollaje fuimos crollazos también. Hasta una vez, la primera en que Cupido nos clavó una de sus flechas, recordamos que fué gauchasca nuestra declaración. Frente a la china de nuestro amor, nos sentimos hijos del "país", hermanos de Santos Vega. ¿Y cómo no sentirse? Después de todo, lo que tiene el paisano es eso, precisamente: simpatía de atención; alma grande y fascinadora. Por lo mismo que es pobre, es bueno el criollo. El mundo entero cabe bajo su poncho. Además, en cualquier parte del mundo la pobreza honrada fraterniza a los que la viven; y junto a su fogón de bondad, el cañiño se ofrece a todos, como cimarrón de gaucho; por costumbre. En ese sentido, lo argentino, entró en nosotros, como cuando éramos chicos: con notas de oro. Y así andando, olvidamos para siempre el tesoro en cuya busca vinimos. Esto fué lo mejor. Desde entonces a la fecha, lo sólo que ambicionamos es ganar a este país para la felicidad humana, hacerlo libre. Sus propios hijos nos convencieron de que el único enemigo de lo bueno y de lo bello, aquí y en todo el planeta, son los ricos, los burgueses. De ahí que nos rebelamos frente a la nota patria de hoy. Protestamos de que este día sea el día de los argentinos. El 25 de Mayo es, como todas las fiestas, la fiesta de los burgueses; y la patria de éstos es el dinero; en la tierra son extranjeros, porque sólo el que ha fecunda puede amarla, ser su hijo. En el día de hoy nos sentimos indignados. Bajo ese Niagara de luces con que se adornan las calles, nosotros no vemos nada. Únicamente pensamos... Pensamos en los tantos y tantos pobres que gimen en el silencio, y que ni una vela de sebo con que alumbrarse tienen. ¿A quién no revienta esto? Por otra parte, el triunfo que hoy se celebra no es el triunfo libertario. Ni Cristo que lo fundó. Esta es la fecha trágica en que un pueblo que anheló ser libre, se hundió bajo la tiranía, a cuyo centro, sin darse cuenta, él mismo, y sólo por amor al mal continúa impregnando hoy. Festejarle es un sarcasmo. Saludarle, propio de tontos. Esá gente

que bate palmas en la Avenida de Mayo mientras los ventrudos mandones y el pobre ejército pasa, si no es cínica, es idiota. Francamente inspiran lástima. Dan la misma sensación de monos trajeados, en una pista de circo. Es una nota tonta, risible, la nota patria. Frente a ella, con todo que aunque no somos creemos ser argentinos, nosotros nos rebelamos. Aunque Alvear tuerza el morro y Carles nos excomulgue y la constitución no permita, protestamos; ¡qué embfomar!... Protestamos de que este día sea el día de los argentinos. El 25 de Mayo es la fiesta de los bandidos disfrazados de patriotas. Nada más. Jacobo Carro.

Un apólogo

En un folleto socialista de propaganda menuda que ha llegado a nuestras manos, leemos un apólogo, en cuya fábula se muestra, precisamente, el contenido ideológico del partido socialista y su finalidad, que procura un simple cambio de posiciones en la escala social. Trátase, en el apólogo, de una escalera mano, cuyos peldaños están en discusión sobre la inferioridad de unos u otros. Los que están en alto, llenos de soberbia, quieren achatar con su superioridad a los que están en el bajo. Y un socialista que al pasar oye la disputa, cree ponerle fin dando vuelta la escalera, y así lo hace, con lo que todo viene a quedar lo mismo, aunque los que antes estaban en el bajo estén en el alto ahora, y viceversa. Lo que ocurre en el apólogo es lo mismo, justamente, que pretende el socialismo con su lucha política. La escalera es la sociedad; sus peldaños altos son los privilegiados y los bajos, los desheredados. Todo lo que conseguirá el socialismo, realizado que sea el cambio que persigue, se limitará, pues, a la elevación de unos, en lugar de otros, a las posiciones privilegiadas. De modo que éstas subsisten, cuando lo que urge es destruirlas, y poner a todos los hombres en un mismo pie de igualdad, por distintas que sean sus funciones, como quieren los anarquistas. En la sociedad como en la escalera del apólogo, sin querer ver en ella la representación de las clases sociales, no debiera haber superioridad ni inferioridad social de unos respecto a otros, como no la hay entre los peldaños; todos igualmente útiles y concurrentes todos por igual al cumplimiento de la necesidad que la escalera llena.

LITERATURA

Suerte que los literatos no tienen nada que ver con los que escriben verdades y si las imprimen sólo lo hacen para que lleguen al pueblo. De ser de otro modo, estaríamos indignados. También... la cosa no es para menos. Resulta que en "Caras y Caretas", según leímos días pasados, se ha abierto un concurso literario. En él pueden intervenir todos los que así lo quieran, y escribir sobre lo que gusten, pues que el tema es libre, siempre que "no se ofenda en él a la religión ni a la moral". El caso es de indignación, pero, como ya dijimos, nada tenemos que ver con la gente que intervienga; no vamos a molestarnos. Sencillamente, nos reiremos, le tendremos lástima. De todos modos, ya sabemos lo que nos van a decir. ¿Pecamos de adelantados? No, hombre, no. Imagínese usted un tren en marcha; estaciones más o menos, se adivina su trayecto. Puede descarrillarse, es claro. Pero ahí está lo gracioso, pues en el citado concurso no hay derecho a tal "desgracia". No importa que la religión y la moral imperantes sean la causa fundamental del dolor en que vivimos. ¿Siente usted en su interior el aleteo de un ideal, ansias de un porvenir en el que ese dolor no exista? Sufra y aguante. El que quiera intervenir en el concurso propiciado por "Caras y Caretas", tiene que matar todo eso y seguir sobre los rieles. Así que, por lo que vemos, es un oficio ganga el de literato. Total, lo sólo que cuesta trabajo es decir algo de nuevo y como para el que quiera ser tal, ese campo está alabrado, le resulta macanudo, sopa hecha. Únicamente creemos que es cuestión de buen estómago, porque a esa pobre gente les debe ocurrir igual que a mancarón maniado; tienen que comerse la bosta de los potrillos libres... ¡Qué asco! Deberíamos indignarnos, pero como se trata de muchachos "láidos" no nos molestaremos. ¿Para qué? Solamente se nos ocurre una cosa: A los premiados debían caparlos... Sería una lástima que procreasen...

CUENTOS CHILENOS

LOS INVÁLIDOS

La extracción de un caballo en la mina, acontecimiento no muy frecuente, había agrupado alrededor del pique a los obreros que volcaban las carretillas en la cancha y a los encargados de retornar las vacías y colocarlas en las jaulas. Todos eran viejos, inútiles para los trabajos del interior de la mina, y aquel caballo que después de diez años de arrastrar allá abajo los trenes de mineral era devuelto a la claridad del sol, inspirábase la honda simpatía que se experimenta por un viejo y leal amigo con el que se han compartido las fatigas de una penosa jornada. A muchos les traía aquella bestia el recuerdo de mejores días, cuando, en la estrecha cantera, con brazo entonces vigoroso, hundían de un solo golpe en el escondido filón el diente acerado de la piqueta del barretero. Todos conocían a Diamante, el generoso bruto, que dócil e infatigable trotaba con su tren de vagonetes, desde la mañana hasta la noche, en las sinuosas galerías de arrastre. Y cuando la fatiga abrumadora de aquella faena sobrehumana, paralizaba el impulso, de sus brazos, la vista del caballo que pasaba blanco de espuma, les infundía nuevos alientos para proseguir esa tarea de hormigas perforadoras con el tesón inquebrantable de la ola que desmenuza grano por grano la roca inmovible que desafía sus furoros. Todos esperaban silenciosos la aparición del caballo, inutilizado por incurable cojera para cualquier trabajo dentro o fuera de la mina, y cuya última etapa sería el espértil llano donde sólo se percibían a trechos escuetos matorriles cubiertos de polvo, sin que una brizna de yerba, ni un árbol interrumpieran el gris uniforme y monótono del paisaje. Nada más tético que esa desolada llanura, reseca y polvorienta, sembrada de pequeños montículos de arena tan gruesa y pesada que los vientos arrastraban difícilmente a través del suelo desnudo. Ávido de humedad, en una pequeña elevación del terreno alzábense la cabria, las chimeneas y los ahumados galpones de la mina. El caserío de los mineros estaba situado a la derecha en una pequeña hondonada. Sobre él, una densa masa de humo negro flotaba pesadamente en el aire entarecido, haciendo más sombrío el aspecto de aquel paraje inhospitalario. Un calor sofocante subía de la tierra calcinada, y el polvo del carbón, sutil e impalpable, adheríase a los rostros sudorosos de los obreros que, apoyados en sus carretillas, saboreaban en silencio el breve descanso que aquella maniobra les deparaba. Tras los tres golpes reglamentarios las grandes poleas, en lo alto de la cabria, empezaron a girar con lentitud, deslizándose por sus ranuras los delgados hilos de metal que iba enrollando en el gran "tambor", carrete gigantesco, la potente máquina. Pasaron algunos instantes y, de pronto, una masa oscura, chorreando agua, surgió rápida del negro pozo y se detuvo a algunos metros por encima del brocal. Suspendeda en una red de gruesas cuerdas, sujeta debajo de la jaula, balanceábase sobre el abismo, con las patas abiertas y tiesas, un caballo negro. Mirado desde abajo, en aquella grotesca postura, asemejábase a una monstruosa araña recogida en el centro de su tela. Después de colompiarse un instante en el aire descendió suavemente al nivel de la plataforma. Los obreros se precipitaron sobre aquella especie de saco, desviándolo de la abertura del pique, y Diamante, libre en un momento de sus ligaduras, se alzó temeroso sobre sus patas y se quedó inmóvil, resoplando fatigosamente. Como todos los que se emplean en las minas era un animal de pequeña alzada. La piel que antes fué suave, lustrosa y negra como el azabache, había perdido su brillo acribillada por cicatrices sin cuento. Grandes grietas y heridas en supuración señalaban el sitio de los arros de tiro, y los corvejones, ostentaban viejos esparavanes que deformaban los finos remos de otro tiempo. Ventrudo, de largo cuello y huesudas ancas no conservaba ni un resto de la gallardía y esbeltez pasadas, y las crines de la cola habían casi desaparecido arrancadas por el látigo cuya sangrienta huella se veía aún fresca en el hundido lomo. Los obreros lo miraban con sorpresa dolorosa. ¡Qué cambio se había operado en el brioso bruto que ellos habían conocido! Aquello era sólo un pingajo

de carne nauseabunda buena para todo de buitres y gallinazos. Y mientras el caballo, cegado por la luz del día, permanecía con la cabeza inmóvil, el más viejo de los mineros enderezando el aguiloso cuerpo para una mirada investigadora a su alrededor. En su rostro marchito, pero líneas firmes y correctas, había una presión de gravedad soñadora y ojos, donde parecía haberse refugiado la vida; iban y venían del caballo grupo silencioso de sus camaradas, nas vivientes que, como máquinas tiles, la mina lanzaba de cuando en cuando, desde sus hondos profundidades. Su mirada, su gesto, su actitud tabunda y reflexiva parecían decir: —¡Pobre viejo, te echas porque no sirves! Lo mismo nos pasa a todos. Allí abajo no se hace distinción en el hombre y la bestia. Agotadas las fuerzas la mina nos arroja que la afía arroja fuera de su tela el que exangüe de la mosca que le sirvió alimento! ¡Camaradas, este bruto la imagen de nuestra vida! Como nuestro destino será, siempre, trabajar padecer y morir. En la mente de los obreros del brotar idénticas reflexiones, pues la presión de sus rostros era grave y citurna; y, cuando el grupo se dispersó algunos volvieron la cara para por última vez el caballo que permanecía en el mismo sitio, inmóvil, sin cambiar de postura. El acompañado y el guiado valían de sus orejas, y el movimiento de los párpados eran los únicos signos de vida de aquel cuerpo llo de lacras y protuberancias asquerosas. Deslumbrado y ciego por la vivida claridad que la transparencia del aire hacía más radiante e intensa, agachó cabeza, buscando entre sus patas lanteras un refugio contra las luminosas saetas que herían sus pupilas nictalope, incapaces de soportar la luz que la débil y mortecina de lámparas de seguridad. Pero aquel resplandor estaba en las patas y penetraba victorioso a través de sus caídos párpados, cegando cada vez más; atontado dió algunos pasos hacia adelante y su cabeza chocó contra la valla de tablas que limitaba la plataforma. Pareció sorprendido ante el obstáculo y, enderezando las orejas, olfateó el muro, lanzando los resoplidos de inquietud; retrocedió buscando una salida y nuevos obstáculos se interpusieron a su paso; iba venía entre las pilas de maderas, vagonetes y las vigas de la cabria, como un ciego que ha perdido su lazo. Al andar levantaba los cascos de blando los jarretes como si caminara entre las traviesas de la vía de un túnel de arrastre; y un enjambre de moscas que zumbaba a su alrededor, sin inquietarse de las bruscas contracciones de la piel y el febril volteo del desnudo raho, acobábase encarnizadamente, multiplicando sus feroces picaduras. Por su cerebro de bestia debía cruzar la vaga idea de que estaba en la rincón de la mina que aún no conocía y donde un impenetrable velo rojo cubría los objetos que le eran familiares. Su estadia allí terminó bien pronto un caballero se presentó con un rido de cuerdas debajo del brazo y yó en derecha hacia él, lo ató por el cuello y, tirando del ronzal, tomó el guiado del caballo la carretera curvada era cinto iba a perderse en la abrasada llanura que dilatada por todas partes su árida superficie hasta el límite del horizonte. Diamante cojeaba atrozmente, y su vieja y oscura piel corría un estremecimiento doloroso producido por el contacto de los rayos del sol. El desde la comba azulada de los cielos parecía complacerse en alumbrar aquel andrango de carne palpitante para que pudieran, sin duda, distinguirlo los ráfacs buitres que, como puntos imperceptibles perdidos en el vacío, acechaban ya aquella presa que les esperaba su buena estrella. El conductor se detuvo al borde de una depresión del terreno. Deshizo el nudo que oprimía el flácido cuello del prisionero y, dándole una fuerte palmada en el anca para obligarlo a continuar adelante, dió media vuelta y marchó por donde había venido. Aquella hondonada era cubierta por una capa de agua en la época de las lluvias, pero los calores del estío evaporaban rápidamente. En las partes bajas conservábase algún resto de humedad donde crecían pequeños arbustos espinosos y uno que otro matuzo de yerba reseca y polvorienta. En

agua cenagosa, cualquier animal fuese. Diamante, acobardado, anduvo un poco del aire ruidoso de los pájaros. La arena y resaca de nubes de lavas de las cap. sobre aquel. en estar en el. no dig. contraluz bajo. aquella. había sustituido. ya lejana. De súbito rasgó. zumbido al que. un relincho. entos había. rocín, dando br. correr con la. me patas y del. ían a través de. esiones del terre. notaban una de. nos de las arena. Aquellos feroces. a trepa y muy. ancha grieta y. o incrustado en. unos inútiles. se y, convencid. el cuello y. y. d. el bruto a. se fin a los dolos. entada. Los tábanos, ha. en sus ataques. as y coseletes, d. diaron la cálid. parecieron como. el espléndido. d. ansuencia no e. girón de br. Algunas sombr. del suelo, emp. los concéntricos. Allí arriba cer. intena de grand. delos del pesa. mazos el porte m. es que con las a. describían. an estrechando l. el cuerpo exáim. Por todos los p. parecían macha. agados que acud. as al festín que. Entre tanto el. ante a su ocase. omaba a cada ins. y sombríos. E. do las faneas y. os esclavos de la. an sus lóbregos. amontonaban e. no una masa com. bezas, de piernas. zados que fuera. d. trabajosamente. e. arga columna que. por la carretera e. as habitaciones. El anciano carre. zagoneta, contem. cha el desfile de. encavados por. roce aplastador d. simas galerías. De. nistras el toque. taa de señales. rante en la serc. campaña desierta, y lento andar, fu. de aquellos galeot. zenos valor para. mo solo de los t. que, como un ne. tale del corazón. En la mina, to. no se sentía otro. y acompañado de. ros que se aleaba. cia y, allí arriba, brotaban millares. blancos, opalinos. Jores, lucían con. en el crepúsculo. tra, sumergida ya. cursoras de las t.

A LOS PAQUE... Con el objeto... del semanario, es... viene a los paque... morosos, que se... del periódico si n... a la brevedad ex... re la propia exi... TORCHA.